

Cuadernillos de poesía Colombiana



Germán Pardo García

ESTUDIO Y SELECCION DE CARLOS GARCIA PRADA

Ediciones de la revista "Universidad Católica Bolivariana"

GERMAN PARDO GARCIA

Es una de las más brillantes unidades poéticas colombianas del presente siglo. Nació en Ibagué (Departamento del Tolima) en el año de 1902. Después de batallar duramente por la vida viajó a México y Centro América.

Actualmente labora con la Legación Colombiana en San José de Costarrica.

Ha publicado los siguientes volúmenes: "El árbol del alba", "Voluntad", "Los cánticos", "Los júbilos ilesos", "Los sonetos del convite", "Selección de sus poemas" y "Claro abismo". Los títulos de sus obras son verdaderos hallazgos.

Sin salirse de los tradicionales moldes poéticos expresa en sus versos sentimientos elevados, nuevos y encantadoramente sencillos.

Germán Pardo García

1.

Al publicarse en Bogotá el primer libro de Germán Pardo García, dijo Jaime Barrera Parra, fino y sagaz catador de recónditos valores, muerto trágicamente cuando se hallaba en plena madurez: "Pardo García es uno de los casos de subjetivismo más desconcertantes que hayan podido sobrevivir a nuestra literatura en los últimos años"... "Su poesía es de una profundidad casi siniestra"... "Bajo la sequedad exasperante de su verbo corre una vena de emoción dramática que lo agita en temblores y lo crucifica en belleza"... "Muchos de sus poemas parecen esculturas de Ivan Maestrovick".

Bien dicho esto, al hablar de **Voluntad**, libro en el cual Pardo García, enemigo de superficies y enamorado de cimas y de vórtices, escribía su "verdad con sangre"—como él mismo decía—y se adueñaba de ideas que eran "como alucinaciones de una razón que lentamente se extravía"... Empero, no se podría hablar de nada siniestro en sus obras posteriores, menos desconcertantes y más ricas y nobles que **Voluntad**.

Pardo García se alejó de su patria y se fué primero a Centro América y a Méjico después, y allí se halló a sí mismo en toda su soledad inmensa, españollísima... Allí, sin dejarse en modo alguno dominar por el paisaje ambiente, Pardo García, hombre en cuyos actos "hay voluntad suprema y energía", se olvidó de juveniles rebeldías, se concentró en sí mismo, entró en su "Ciudad Sepulta" —en cuyos ámbitos se oyen las voces pretéritas y las futuras de la Raza— y se entregó al ensueño y al arte, hasta convertirse en el raro y señero poeta de la **soledad** que todos admiramos en estas horas de angustias, de duelos, de ruido, de superficialidad y de desorientación.

Es un caso casi único en las letras iberoamericanas de hoy.

Poeta de la **soledad**, es Pardo García un español de América, entero y castizo: bajo el cielo lejano, azul y radiante del Anáhuac, y en contacto con su aire húmedo, trémulo y sutil, su "inconsciencia" española se ha ablandado y ya su mensaje poético es hondo, sereno, dulce y desconcertante, viril e insólito.

2.

A los treinta años el poeta era orgulloso, agresivo, siniestro. Era joven, y toda carne de juventud es pecadora. A los treinta y cinco, aislado, soledoso, y ya libre del espanto y la soberbia, cantó los **júbilos ilesos** del amor, y sus **convites**, y se exaltó ante el Dios Abscóndito de su pueblo he-

rido y humillado. Más luégo, se extasió en Su **presencia** viva, rutilante y trémula, y en Su **poderío** invencible y eterno. Ahora, a los cuarenta años, Pardo García desciende —y por lo mismo asciende mucho más— a Su Claro Abismo, y en El busca la paz definitiva y consoladora.

Su más reciente publicación es “Claro Abismo”, libro que para nosotros será su “penúltimo”, ya que de seguro ha de venir el “último” a coronar una obra poética inmortal. En su forma externa es como todos los anteriores: en sonetos de rara perfección, en romances que rivalizan con los de García Lorca por su concentración lírica, en endecasílabos sueltos y en alejandrinos de grave musicalidad, el poeta expresa su amor a la tierra, al agua, al sol, al pan, al aire y al árbol, y la soledad inmensa de su alma, y su fe, y también revela la serenidad con que espera cumplir la suprema Cita Inevitable... con la que ha de venir para él de las tierras del Sur. Ahora, quizás más que nunca, Pardo García se muestra ajeno a toda frivolidad. Aunque no se da prisa, sabe que la Muerte lo espera! ¿Sentimentalismos en él? Ninguno!... Y como anhela y espera, y conoce bien la vida que va quedando... no se ensimisma en nostalgias lacrimosas, ni suspira. Se desnuda, y nada más. Y como la soledad no puede ser absoluta para un sér que vive, en ella se desnuda para dialogar con las sombras de la Raza y escuchar el eco perenne de su voz.

Oigámoslo:

**Ha sido la voz gloria, la voz cielo.
La voz limpio diamante, la voz cítara.
La voz de las batallas y las nubes.
La voz rosada imagen de los días.**

**La voz sonido de las altas lluvias.
La voz desnuda espada, la voz cúspide,
cuando la voz es cúspide magnífica.
La voz lirio y manzana y dulce viento.
La voz dorada como el crisantemo.
La voz espacio, eternidad y vida.**

3.

Pardo García ama, sumiso, el “noble sabor que da de sí la tierra”, sabor “de vida y de bondad” por ser un “acto divino”. La ama porque ella es humilde y vigorosa, pura y sencilla, maternal, y porque sabe que ella habrá de recibirlo en sus brazos en un éxtasis de eterno fulgor. No le teme a la Muerte. Su senequismo, grávido de ensueño y de esperanza, serena su alma y la prepara para la gran Cita Inevitable:

**Caminos del sur, caminos
transfigurados, celestes.
Pórticos de claridad.
Esperanza azul y verde.**

**Algulen vendrá por el sur.
Se sabe, mas no se puede
decir cuándo.**

Nada teme. Todo lo contrario: quiere que la Cita se cumpla ya:

**Vén a liberarme ya
con tu levedad, con todas
tus inmensidades simples,
sin zozobra.**

**Vuélveme a tu claridad.
Yo soy algo de tu forma.
Mi cautiverio lo dice.
¡Dáme tu misericordia!
¡Levántame!
¡Confórtame!
¡Vén a liberarme ya!**

4.

Natural es que así invoque Pardo García al Dios sacrificado y transparente del Cristianismo agónico. A pesar de sus meditaciones, sus rezos, sus ensueños. A pesar del cultivo serio de la poesía quietista a que él se ha dado sin treguas ni descansos definitivos. A pesar de su fe, no ha logrado todavía alzarse a la mística unión con el Todo, para hallar en El la luz indeficiente. Su abismo es claro, pero es abismo de "Confusión":

**Es en el alma, en la inmensa
porción de bruma y de escarcha
que sentimos en el pecho,
y que llamamos el alma.
Muerta planicie de frío;
llanura desesperada;
sitio de las confusiones....**

donde "dos ejércitos oscuros" batallan sin cesar, cruel y despiadadamente,
donde las "iras estelares" matan y

**Como arcángeles caídos,
como arcángeles batallan,
sobre caballos coléricos
y con banderas de llamas...**

.....

**Y crece la angustia y crece
la soledad y la escarcha
cubre estandartes vencidos
y humillaciones sin lágrimas.**

5.

Como se ve, el poeta no ha podido quebrantar su orgullo juvenil, y tiene que saborear la amargura de la **soledad** todavía imperfecta... Por eso decíamos que **Claro abismo** es tan sólo un penúltimo libro. Vendrá el último. El poeta abandonará sin duda su continuo **monólogo** en la sombra, y surgirá de la confusión presente el **diálogo** que la Raza oyó antaño... de los labios divinos de Fray Luis, y de los labios, más divinos aún, de San Juan de la Cruz, el de la Noche oscura del Alma. Así lo presentimos nosotros, porque Pardo García se acerca ya a la contemplación de lo Uno, y en lo Uno su **soledad** —agudizada, supremizada, desprendida de lo concreto y lo aparential— logrará su plenitud, su totalidad sonora y musical.

Pardo García ama la tierra y en su alma tiembla hecha espíritu la luz. No importa que se halle confundido. En medio de sus sombras centellea el sol y nos muestra el recuerdo de un amor que “pasó como los lirios y las rosas”, y ardió como los cirios, en silencio, y le dió a sus palabras de ayer “pausas hermosas”... Ese fue el amor de una mujer... El otro, el amor de los amores, ya se acerca **por los caminos del sur!**

Carlos GARCIA-PRADA

Presencia de la muerte

Siempre hablo de la muerte con inmensa ternura.
Su nombre lo he escuchado sin pavor desde niño,

cuando en la antigua casa familiar, escondida
bajo una soledad de cedros y de pinos,

alguien decía, en medio del estupor nocturno:
"La sombra de la muerte pasó por el cortijo".

Nublábanse los rostros. Juntábanse las manos
y el corazón cesaba de acelerar su ritmo.

Todo quedaba inmóvil, con la quietud atónita
de las consternaciones sin fondo y sin sentido.

Yo abismaba los ojos azorados, por verla.
La noche estaba azul y el cielo siempre limpio.

Inmensidades cósmicas. Desolaciones pávidas.
Vacías las veredas. Desiertos los caminos.

Un tremolar profundo de los cedros y un soplo
de quién sabe qué mundos fantásticos venido.

Solo, enfrente del valle, con las manos cruzadas
sobre el pecho, en un acto de soledad que es mío;

en la actitud de calma que asumo cuando nadie
me asiste y en lo inmenso sepúltase mi Espíritu,

buscaba la presencia del poderoso Arcángel,
bajo una soledad de cedros y de pinos.

Esta noche estoy solo, y más solo que nunca,
buscándome en el tiempo sin encontrar los signos

inertes de mi vida. ¡Qué pronto, ya no soy
el de ayer! No conservo de los años antiguos,

sino esta calma llena de eternidad, y el acto
de llevarme las manos al corazón vacío.

Y hablo aquí de la muerte con la misma ternura
de entonces, y como hablo de la bondad del trigo;

de la simplicidad del agua; de la esencia
de las cosas; del gozo del campo y del amigo

verdadero. Y mis manos escriben estas sílabas
del nombre de la muerte, con los júbilos íntimos

del que todos los días aguarda a que su mesa
la venga a compartir el verdadero amigo.

Aquel por quien los frutos del árbol se recogen
en toda su sazón, húmedos de rocío;

por quien el agua colma la oscuridad del cántaro
y el pan en los manteles es don de sacrificio.

Aquel único huésped por quien está la puerta
sin clausurarse nunca, y en el dintel los símbolos

de la hospitalidad, para que en el silencio
las manos se entrelacen con un temblor divino.

Palabras a la tierra

I

Sabor de la tierra

Noble sabor que dá de sí la tierra.
Sabor a vida y a bondad que vino
de su entraña, como un acto divino,
simple en la maravilla que lo encierra.

Una noche el diluvio de la sierra
mojó los surcos; y en su olor a lino
sentí la eternidad de su destino,
que abre corolas y sepulcros cierra.

Noble sabor a tierra, que encontramos
en nuestro pan, comido humildemente,
sentados en las glebas amarillas,

cuando a la tierra en plenitud llegamos,
después de caminar inmensamente
por nuestros corazones sin orillas.

II

Proximidad de la tierra

A tí, siempre hacia tí, tierra cercana.
A tí los movimientos de la vida
y la última sombra, detenida
un instante en la luz de la mañana.

Nunca diré: "La tierra está lejana";
pues, sólo al conversar de tu medida,
tu forma corporal tiembla escondida
en el calor de la palabra humana.

A tí camina el ser. Mas, lo decimos
con la suprema angustia de encontrarte
para siempre en la paz que no apresuras,

porque la mostrarás en los racimos
perfectos del silencio, al ofrendarte
en la divinidad de tus criaturas.

Amor de la tierra

Daba la tierra sus efluvios tiernos
 al dulce abril y a la temprana umbría.
 Alguien, conmigo, de su mano había
 entregado al amor frutos eternos.

Y le dije a la vida: "ven a sernos
 alto reposo y gloria y armonía".
 Y entonces, en la gracia de aquel día
 toda la vida se juntó por vernos.

Y floreció el laurel y las montañas
 se vieron más profundas y eminentes
 a través de los aires de berilo,

y en la tierra, al calor de sus entrañas,
 sobre la claridad de nuestras frentes
 un sueño inmenso descansó tranquilo.

IV

Humildad de la tierra

La humildad de la tierra está presente.
 Si tú, hombre divino, abres la mano,
 verás que limpio y esencial, el grano
 llega a tu ser, inadvertidamente.

Y si a la sed de la planicie ardiente
 envía sus rescoldos el verano,
 allí mismo, en las órbitas del llano,
 la humilde tierra enjugará tu frente.

Y si la sombra vidas encadena
 y tu cuerpo sin luz se restituye
 a la intacta unidad, rotos los lazos,

con el vigor de su humildad serena,
 al abismo de todo lo que huye
 la tierra fiel te bajará en sus brazos.

Invocación a la tierra

La paz sea contigo hasta en las guerras
con que la sombra surcos empurpura,
y en cada cosa que por tí perdura,
nos des la luz espiritual que encierras.

Por los quemados riscos y las tierras
labrantías, la voz de la amargura
se dispersa, como aire sin ventura
que un día aciago devoró las sierras.

Y la sangre infinita que te damos
por el dolor celeste de la herida,
abierta como un cárdeno recinto,

después de ungir tus luminosos ramos,
tú nos la vuelvas, transformada en vida,
en el temblor ligero del jacinto.

Imágenes de los nombres

Las imágenes de los nombres se nos aparecen
de pronto, como los gritos
escuchados en el terror de una montaña.
No hay puertas en clausura
ni muros almenados;
frentes seguras ni corazones defendidos,
que detengan las imágenes de los nombres.

Muchas veces inclinamos la cabeza
sobre la fría piedad de las manos,
para no ver las voces que pasan
ni escuchar el color de las grandes penumbras;
para dejar de ser un minuto sin límites;
para volver a la negación caótica,
y hasta nuestro destierro,
hasta la muerte que construimos
como una estatua de silencio y de sal,
—a nuestra muerte misma—
pasando bajo puentes
de amargura y de frío,
penetran las imágenes de los nombres.

Llegan con sus insignias enarboladas,
sus congelaciones y sus esclavitudes.
Rojos los unos, como las tardes
en que se dispersaron nuestros nombres
en lugares que están fuera del mundo.
Amarillos los otros, como las naranjas
de un arrasado pasaiso.
Verdes aquellos, como la yerba
que surge en todas partes
y habrá de nivelarnos bajo las superficies.

Imágenes de los nombres,
dibujadas sobre la memoria de otros seres
perdidos, ¿en qué parte fugitiva del mundo?
Tal vez en el jardín dorado de crepúsculos,
que conserva las huellas de unos pies en el polvo;

o en la ventana en que una mujer
desnudaba sus trenzas.
Y, ¿por qué no decirlo?
Tal vez en nuestra casa,
en la servida mesa,
donde al pie de los fruteros de cristal,
llenos de los duraznos de infantiles cortezas
y de la rubia estirpe de las uvas;
junto al pan cotidiano
y al agua simple y buena,
la sorda angustia de un lugar vacío,
semejante a una puerta que se abrió a la eternidad
o al desnudo lindero que descubre un camino,
traza implacablemente,
ajena a nuestro llanto,
las desiertas imágenes de los nombres,
sobre el lejano sepia de unos lienzos en agonía.

El dón

Sabed: esta es mi carne.
La de los anchos brazos siempre abiertos.
La de la arteria sin cesar vertida.
La de los goces múltiples y ciertos,
y yo os la doy, cumplida
en su firme dolor, mi voluntad.
Sabed: esta es mi sangre,
capaz de sostener mi soledad,
y yo os la entrego, transformada en vida.

Casa de oro

Alegría, recóndita alegría.
Casa de oro en cuya blanca mesa
yo sacrífico la virtud ileña
del luminoso pan de cada día.

Clara columna de sabiduría.
Ala justa de todo lo que pesa.
Honda señal de plenitud, impresa
sobre mi verdadera poesía.

Alegría feraz, múltiple y nueva.
Tierra de fe que desgarró la esteva
y cubrió la esperanza de verdura.

A tu verdad solar llevo mi trigo,
y al derramarlo en tus entrañas, digo
la palabra final de mi amargura.

A la gloria del amor

Alto el amor, surgía en mis desvelos
semejante a una cúpula de oro
desde la cual, ante el divino azoro,
dilatábanse al par mares y cielos.

Suprema luz. Apasionados vuelos.
Iris de gloria. Resonante coro
y estío que volcaba su tesoro
de ileña mies sobre dorados suelos.

Poma en sabor de sus perfectas mieles.
Vida feraz, y en los minutos fieles,
activo corazón vuelto remanso.
Así la gloria del amor fue mía,
mientras sereno el aire diluía,
como un polvo de oro, el tiempo manso.

A las voces de los muertos

Voces sin verbo que las cante. Humanas
voces por siempre lejos de la vida,
y que una ansiedad desconocida
nos hace oír al corazón cercanas.

Celestes voces. Lenguas soberanas
de los muertos: yo os amo y está unida
a vuestro amor mi lengua conmovida
aún por nombres y por glorias vanas.

Voces cánticos. Arpas fieles. Lira
de un alto coro que en lo eterno gira:
estoy al fin para escucharos listo.

Voces que sois como un derrumbamiento
de campanas al júbilo y al viento,
en las ciudades diáfanas de Cristo.

Palabras de Octubre

Por fin octubre, asordinado y lento.
Octubre, con su rosa diluida
y elemental, apenas sostenida
por las manos angélicas del viento.

Manos de octubre, que azoradas siento.
Octubre, ya tan cerca de mi vida,
que te puedo tocar en esta herida
que me abrió tu crepúsculo sediento.

Lo que haya en tí de mi amargura, cántalo.
Yo callaré las voces que tú callas.
Mías son tus espléndidas vislumbres.

Tuyo mi abismo. Escúchalo y levántalo,
desde la claridad de tus batallas,
a una infinita soledad de cumbres.

A la presencia de la poesía

Como la luz del corazón despierto,
tu presencia de nube conmovida
descenderá a la sed que está escondida
en los estanques lóbregos del huerto.

Y al vaso de elección antes desierto,
cayó en la noche un agua estremecida;
y en las pluviales sombras, su medida
mostró colmada el corazón abierto.

Ya son tuyos mis ramos de abundancia
y el temblor de mi vaso diamantino,
desbordado de pálidas estrellas.

Y te hallaré en mi próxima distancia,
pues cómo no encontrarte, si camino
sobre el oro invisible de tus huellas.

Otoño azul

Otoño azul en las doradas ondas
de los lagos, diluye su primicia,
y en los aires zafiros acaricia
sazón de octubre en sus presencias blondas.

Algo eterno florece en estas hondas
claridades y espacia una delicia
que en nuestro ser sacrificado, inicia
frutal sabor de humanizadas frondas.

Déjame ver el corazón, te digo.
Y en tanto que el asombro me descubre
las órbitas lejanas de tu anhelo,

me transfiguro para hablar contigo,
bajo la luz del admirable octubre
y en esta paz de corazón y cielo.

El corazón vacío

Porque ya mi corazón
es el corazón de nadie;

Y cuando ya el corazón
es el corazón de nadie;
cuando las manos se buscan
hondamente, por juntarse
la diestra con la siniestra,
en ternuras insondables;
y uno siente que sus manos
ya son las manos de nadie.

Cuando por el rostro inmóvil
invisiblemente caen
unas lágrimas eternas
que no logran congelarse,
y uno siente que esas lágrimas
son las lágrimas de nadie.

Cuando la voz que fue de uno
concluye por dispersarse
y se la llevan los vientos,
—alma sola, voz errante—
y uno siente que su voz
ya es la oscura voz de nadie;
cuando el corazón no se halla
ni en sus mismas soledades,
porque devoró la angustia
sus recónditas imágenes,
entonces, a dónde ir;
a qué sombra desterrarse;
cómo llenar lo infinito;
con qué vida, con qué sangre,
si uno se invoca hacia adentro
con amargura, buscándose,
como quien va hasta la casa
de un amigo a consolarse,
y se encuentra en sus abismos
con el corazón de nadie.

Ciudad sepulta

Ciudad siempre sepulta
bajo mi pensamiento,

como en las aguas sólidas
de un congelado océano.

Envuelta en hoscas brumas
de antárticos inviernos,

tus soles son de sombra;
de mármol tu silencio.

Ciudad sacrificada.
Metrópoli de hielo.

Yo vi rodar tus pórticos
y tus columnas de ébano,

y el pórfido y las cúpulas
de los dorados templos.

Ciudad petrificada.
Ciudad sin voz ni tiempo

ni lábaros de júbilo:
¿qué sangre está cayendo

sobre tu destrucción,
como diluvio eterno?

Exánimes espadas
y escudos maclentos;

arriados pabellones
y púrpuras y cetros,

se pudren en tus bóvedas,
contra los muros ciegos.

¿qué ignoto capitán
desmanteló tus cielos?

¿qué livido enemigo
te sepultó en lo inmenso

de todas mis catástrofes?
Ciudad que entre los muertos

**presides, desde el zócalo
de tus glaciales templos.**

**Ciudad sin estandartes:
cautiva entre mis sueños,**

**escucho tu clamor,
debajo de mis piélagos.**

**Ciudad envuelta en brumas:
mi sangre está cayendo**

**sobre tu destrucción,
como diluvio eterno.**

**Ciudad desesperada,
Metrópoli de hielo.**

La gloria

Junto el azoro en la curva
de mis párpados, la lágrima.
Alzóla de los abismos
en que el labio la abrevaba,
y en prisma que no refleja
sino cumbres, cielo y alas,
en su mínimo santuario
la cuajó, salobre y diáfana.
Y es allí el diamante único
y es así la gloria exacta
de mi vida. Poseerla,
y decir: en esta lágrima
estoy presente en Espíritu,
en Voluntad y en Palabra.
Por tres veces, genuflexo,
exclamar: ¡en esta lágrima!
Y hacerla temblar desnuda
sobre el vértigo y el ansia
de los hombres. Y Una, y Trina,
con su firme luz intacta,
devolverla a sus océanos
de eternidad y de calma.

Por los caminos del sur

Camino del sur, caminos
transfigurados, celestes.
Pórticos de claridad.
Esperanza azul y verde.

Alguien vendrá por el sur.
Se sabe, mas no se puede
decir cuándo,

En el silencio,
las horas y los lebreles
estarán adormecidos
para siempre.

Por los caminos del sur.
Los que se van y no vuelven.
Los que doran sus naranjas
al amanecer naciente.
Los que doran sus naranjas
y por la tarde las pierden.

Por los caminos del sur.
Los que se llevan las mieses;
los que derrumban la vida,
los que devoran los tréboles.

Allá por el sur tan claro.
;Quién dijera que la muerte
vestirá de claridad,
para desgranar sus mieses!

Por los caminos del sur.
Camino de sombra verde.
;Qué color sin esperanza!
;Qué inmensidad la que tienen!

Por los caminos del sur.

Los páramos

Hay en Colombia inmensas llanuras desoladas,
que el matorral con pompa de los inviernos viste.
Son los oscuros páramos que la neblina triste
reflejan en lagunas para siempre estancadas.

Por esas infecundas estepas castigadas,
huyen caballos nómadas, cuyo vigor resiste
la adversidad del páramo, que inexorable asiste
a la consumación de sus savias heladas.

La llovizna tenaz de las sierras subyuga
los ateridos ámbitos y ensordece la fuga
de los potros veloces por el mustio desierto,

perdido entre las ráfagas de todos los chubascos,
cuya tribulación agobia los peñascos
que guardan la amargura del altiplano yerto.

El pantano

En la profundidad del pantano, atardece
la luz como en un pozo de taciturno hastío.
Penumbra de cavernas cuajó su poderío
y un hálito en sus hondas pesadas desfallece.

Al crepúsculo un pájaro luminoso florece
sobre las aguas muertas del légamo sombrío,
y con la soledad de todo lo tardío,
la entraña del inmóvil pantano se estremece.

Humildad de campánulas emociona su orilla
con una flor azul de corola sencilla,
como la gracia leve de un corazón liviano.

Y entre la azul campánula y el trino que florece,
levántase la vida recóndita, y parece
que se dulcificara la angustia del pantano.